

cas dejó su genio mucho más en las cosas aparentemente pequeñas que en las que pudieran señalarse como representativas de su persona. Eugenio Lucas pertenece a esa clase de artistas que en la soledad de su estudio y sobre una pequeña tabla o tela tanto supieron remansar. Hay algo en este pintor que rechaza de plano lo aparatoso, lo soberbiamente hecho. Y una concentración, un encanto, un estremecimiento lírico y dramático sorprendentes en aquellas cosas menores, entrañables, dentro de las que tanta verdad descifrada remansó.

Nació en él, como en escasos españoles, lo que pudiéramos llamar gusto moderno. La elocuencia y lo aparatoso ya no tenían sentido en el avisado tiempo de Eugenio Lucas, y este hombre en telas diminutas, sin aparente importancia, anticipaba el recato que luego más tarde ha sido mandamiento en la pintura de excepción. El caso es que las obras de Lucas, a pesar de sus límites físicos, no han sido nunca confidenciales, monologuantes. Sino con una fuerza proyectable de indudable valía. Y dinamizadas por una fuerza trascendente, que es quizá, con el tono de Lucas, lo más interesante en este pintor. El mundo, la inédita cosmicidad, es lo que importa esencialmente en la obra de arte. Y Eugenio Lucas, a su manera, siempre lo consiguió.

Por eso, porque no es solamente un encanto epocal lo que de él nos seduce, todos le revalorizamos. Porque el gran colorista supo animar sus valores plásticos de una eficacia y de un sentido trascendente realmente modernos; cuando hablamos del encanto de Eugenio Lucas no nos referimos al menor encanto de lo pintoresco y de lo amable superficial. Creemos que se trataba de un pintor muy considerable, que amó decir sus verdades de una manera modesta. Estamos ante una de esas personalidades curiosas, un poco preocupadas por no desjugar su verdad en ritmos colosalistas sin ningún interés. Los motivos, los temas, todo el pretexto que tejió el mundo dentro del cual cupo su verdad íntima, quisieron siempre evidenciarse con la sencillez, con la ternura modesta, que es gran valor de esta plástica. Para que la voz de Eugenio Lucas, sin blanduras confidenciales, llegase entera, legítima, auténtica a nuestros oídos, un poco sucios de decorativismos, de martingala y de todos los multiplicadores que los artistas llaman a concurso para trascender.

No son maravillosos Lucas todos aquellos que en las casas presumen de Lucas. Pero sí hay que buscar la maravilla de la palpación profunda y legítima en los cuadros menores que Lucas pintó con indudable prodigalidad.

